II

POR EL INTERIOR DEL RECINTO

Aquella imagen juvenil que tenía de la Colegiata talaverana -así es nombrada por el real capricho del pueblo-, se correspondía con un edificio bajo y muy oscuro, casi tenebroso, y silencioso y frío como las iglesias románicas. Pero en ocho años de reformas y contrarreformas se ha hecho la luz en el interior, y el recinto ha ganado en esbeltez, aparentemente también en altura, en gallardía y humanidad. Las tres naves del rectángulo se ofrecen abiertas de par en par, con la cara aseada, airosas y risueñas, y dispuestas a mostrar todas sus interioridades. Ahora, principalmente, buscamos la heráldica por todas partes: capillas, sarcófagos, arbotantes transversales y crucerías, cornisas, sepulcros, puertas de acceso y de salida, cálices, altares, púlpitos, pendones y telas bordadas... Y la encontramos estampada en seis elementos: granito, mármol, madera, tela, orfebrería y cerámica. Y ahí están los emblemas de los Girones, los Orozco, los Meneses, Suares, Ayalas y Loaísas, y las enseñas de otras renombradas familias talaveranas del siglo XV, y de varios cardenales, y de diversas órdenes religiosas. Todo ello hace las delicias de mi amigo Ventura Leblic, pues mi atención se evade en busca de Juan Ruiz y de Alonso Martínez de Toledo, los arciprestes y autores, a su vez, del Libro de Buen Amor y del mal llamado Corbacho, respectivamente; y de Doña Leonor de Guzmán, la gran amante del rey, y de Fernando de Rojas, cuyos restos, aunque encerrados en el claustro, han de vagar por todo el recinto, incluso, por el salón de plenos del Ayuntamiento talaverano, que para eso fue su alcalde mayor durante más de treinta años. Y los encuentro, ¡vaya si los encuentro!, y al docto Fray Hernando de Talavera también. Además, surgen comentarios sobre la madre del arzobispo Tenorio, amigo de arquitectos y alarifes, pues argumenta el párroco que Doña Juana, Doña Juana Duque, nativa de Talavera y madre del arzobispo, fue enterrada en la Capilla Mayor de la Colegiata, pero que al no haber dotado su enterramiento con alguna capellanía ni molino, a pesar de las aceñas que tenía en Puente del Arzobispo, los desaprensivos canónigos sacaron el cuerpo de la difunta y lo alojaron junto al coro. *"Pero, ¡a saber!"*.

Apunta Don Daniel ahora que la primera capilla, la de la izquierda según entramos, la *"de San Sebastián"*, se llamaba también *"Sala Capitular"*, porque los canónigos -¿hijos directos de aquellos otros díscolos y licenciosos amonestados por don Gil de Albornoz y conocidos de Juan Ruiz, el arcipreste?-, decidieron trasladar hasta esta dependencia la susodicha Sala. Todo el apostolado colgado de la pared frontal, y todo el santoral –el apuesto San Bartolomé pisando la cabeza del demonio, San Ramón Nonnato, patrón de las embarazadas, con sus tres coronas anillando su palma de martirio, y otros santos, vírgenes, mártires y venerables padres de la Iglesia, etc.,- se halla apiñado y en plan humano en un lateral, a ras de suelo, sin tiempo para haber regresado a sus respectivos altares y hornacinas, lo que indica que las obras y reformas aún están calientes. No obstante, resulta impresionante la humedad que se cita en esta histórica capilla, tanta que el salitre se sobrepone en la faz roja del ladrillo y forma una masa acuosa que se adhiere al calzado y se hace huella visible en las losas de granito. Y ahí, temerosos, junto a ella, se apiñan también enormes mamotretos, misales, partituras y libros de canto, y pliegos de fábrica y contaduría… No, no encontramos a San Sebastián por parte alguna, y como, además, los santos no han regresado aún a sus respectivas hornacinas, temo que el milagro de la humedad, detenida y amenazante, no se mantenga por mucho tiempo alejada de los libros… ¿Será ésta la sala en la que el arcipreste Juan Ruiz dio la nueva mala a los susodichos canónigos…? Dejemos ahí y en alto la pregunta por ahora…

Ahora, sea como fuere, continuamos la doble búsqueda, la heráldica y la histórico-literaria, y entramos en la Contaduría, en donde dicen las crónicas que fueron encontrados los restos de Doña Leonor de Guzmán, madre de Enrique II, el de *"las mercedes"*, a quien encontraremos, luego, en la Capilla de Reyes Nuevos de la Catedral de Toledo padeciendo el mal de gota, mientras llega el día de la resurrección. En la Capilla de San Francisco o de San Jerónimo, me intereso por el personaje representado en un hermoso busto de mármol: es el canónigo Francisco Ramírez de Arellano en actitud orante, que dejó cuantiosas mandas a la Colegiata, especialmente dos: una para redimir presos pobres de Talavera, condenados por deudas mal avenidas (impunemente hipotecados, diríamos hoy); la segunda, para redimir cautivos de las manos del turco. Pero antes que la figura del personaje, reclama la atención un Cristo enmarcado en un hermoso retablo de cerámica de Ruiz de Luna. Este Cristo, al que se añade *"del Mar"*, viene a dar el tercer nombre

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Crónicas. #29, 1/2014.